



TEMAS DE EQUIPO

Congregaciones Marianas de la Asunción

CREO EN LA IGLESIA. “Y SOBRE ESTA ROCA EDIFICARÉ MI IGLESIA” (Mt. 16¹⁸)

Noviembre 2016

Tema 2. La salvación por la Iglesia y en la Iglesia

“Cristo es la Cabeza de la Iglesia, el Salvador del Cuerpo” (Efes. 5²³)

1. JESÚS ÚNICO SALVADOR

Nada más abrir el Génesis se nos dice que Dios creó al hombre “a su imagen y semejanza” y lo constituyó en autoridad sobre todo lo creado. Dios encargó al hombre la tarea de hacer progresar todo hacia su destino último por un proceso de amorización.

Era una misión gloriosa, pensada pro Dios en la eternidad con todo cariño y sabiduría.

El hombre eligió la dirección del egoísmo-pecado en vez del amor – obediencia, y destrozó el plan de Dios sobre la humanidad y sobre la creación entera. Quedó rota la amistad con Dios, porque Él Es Amor, y por tanto, rechazo metafísico del pecado, como la luz no puede coexistir con la oscuridad.

Dios pudo dejarnos en esa terrible situación sin esperanza ni posibilidad de salvación. Pero, en su infinita Misericordia decide la Redención. La palabra “redención” viene del latín “emere” que significa “comprar”, “redimere” es “volver a comprar”. Dios “recompra” lo que ya es suyo. Y ese “recomprador” será su Hijo eterno, la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Él es el único Salvador.

La fe cristiana es “de descenso”; y en esto se diferencia de todas las demás religiones que son de “ascensión”, en las que el hombre busca acercarse a Dios por medio de diversas prácticas. En nuestra fe es Dios el que busca al hombre; Dios toma la iniciativa de crear, de salvar, de revelarse por los profetas, y sobre todo, Él es el que toma la iniciativa de la Encarnación del Verbo y de la Redención por el misterio pascual.

Sólo Jesús salva. “Jesús” significa “Yahveh salva”. Así lo proclaman Pedro y Juan ante el Sanedrín: “No hay bajo el cielo otro nombre (*el de Jesús*) dado al hombre por el que nosotros podamos salvarnos” (*Hechos 4¹²*).

Y el mismo Jesucristo lo afirma definitivamente como su testamento en el Sermón de la Cena: “Yo soy el camino (...) Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14⁶).

2. LA SALVACIÓN “DESDE DENTRO”

¡Con qué facilidad pronunciamos la palabra “Encarnación” y decimos que “el Verbo se hizo Hombre”! Nos deberían sobrecoger estas expresiones.

Fue precisamente éste el procedimiento de salvación que el Padre decidió. Lo inimaginable, sobre todo en un medio israelita, dado el concepto que tenían del Dios infinito, inmenso, absoluto e incorporeal, y la ignorancia del misterio trinitario, necesario para explicar que el Padre envía al Hijo.

Dios quiere brindar al hombre la posibilidad de que el ofrezca un sacrificio “de condigno” (dignos del mismo Dios) como reparación y satisfacción por el pecado. Pero digno de Dios sólo es Dios. Por eso, para que el Sacrificio fuera digno de la Divinidad, y al mismo tiempo ofrecido por el hombre, fue necesario, (no había otra solución) que “uno de la Trinidad se encarnara” (así lo formulan los Santos Padres).

“Y el Verbo se hizo carne, y acampó entre nosotros. Y hemos visto su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”. (Jn. 1¹⁴)

La Encarnación es la aparición sensible de la invisible Misericordia de Dios.

Jesucristo se insertó en nuestro tiempo y en nuestra historia, se identificó con todo lo humano para salvar todo aquello que asumió. Hizo suyas nuestras penas y alegrías, penetró en lo más hondo del dolor humano y se aniquiló en nuestra misma muerte. San Pablo vivió apasionadamente esta realidad, y la formuló: *“Cristo (...) siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz...”* (Fil 2⁵⁻⁸).

“No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado”.

Y esa Salvación se efectúa por el misterio pascual de muerte y resurrección.

Es en la aniquilación total de su Cuerpo y de su Espíritu, en holocausto de reparación por el pecado, como Jesucristo nos redime. Él nos “recompra” a precio de su Sangre. Cuál debe de ser el valor del hombre cuando a Jesucristo le parece un “precio razonable” la entrega de su vida y el derramamiento de toda su sangre por salvarnos. Esta idea sobrecogedora es constante en todo el Nuevo Testamento. Sólo dos ejemplos:

“...Habéis sido rescatados (...) no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, Cristo...” (1 Pe. 1¹⁸⁻¹⁹)

“Dios tuvo a bien (...) reconciliar por Él y para Él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos” (Col. 1¹⁹⁻²⁰)

Así es como la Salvación y Redención se efectúa “desde dentro”, desde la entraña de nuestra humanidad.

3. LA PROLONGACIÓN EN LA IGLESIA

El Cristianismo es la religión más simple que existe. Es la religión de una Persona, Cristo Jesús, y de un Hecho, el misterio pascual.

La Salvación de Jesucristo es para todos los hombres de todos los tiempos, es para cada uno de los hombres “en su irrepetible singularidad”. Y la manera como esto lo realiza Jesucristo es proyectando y prolongando su Persona y su misterio pascual en la Iglesia, para que su Salvación abrace e invada a “*todo hombre que viene a este mundo*” (Jn. 1⁹).

Así surge la Iglesia, Familia de salvados, que es lo que ya anticipa el comienzo del cuarto Evangelio: “*A todos los que lo recibieron, a los que creen en su Nombre, les concedió ser hijos de Dios*” (Jn 1¹²).

La inserción en la Iglesia se nos da en el bautismo, que es la identificación con Cristo, su Persona y su Misterio pascual de muerte y resurrección: “... *Cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte. Fuimos con Él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos (...) así también nosotros vivamos una vida nueva. Porque si nos hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante...*” (Rom 6³⁻¹¹).

Entendido de esta manera la Iglesia es mucho más una realidad ontológica que un organismo meramente social y legal (como es concebida por la mayoría ignorantemente. Es simplemente el hecho de que los salvados en Cristo Jesús, fusionados con Él como los sarmientos con la vid (ver Jn. 15¹⁻⁹) constituimos un todo biológico, totalmente real, aunque místico. “Místico” no significa “simbólico”, expresa una realidad objetiva, sólo que no asequible a nuestros sentidos, sólo manifestada a través de la fe.

De esta fusión en Cristo se desprende de modo imparable la “comunidad de los santos”.

Tanto el Cuerpo místico como la comunión de los santos se tratarán con más detención. Ahora sólo se pretende establecer lo más claramente posible que.

1. La Iglesia es una realidad ontológica,
2. Es el conjunto de los fusionados con Cristo y con los hermanos en una Persona y su misterio pascual,
3. Es la manera como Jesús puede alcanzar con su Salvación a los hombres de todos los tiempos.

Se desprende que no nos salvamos *individualmente*, porque somos *buenos*, sino por ser y estar en Jesús.

4. EL NOMBRE DE “IGLESIA”

La palabra “Iglesia” sólo aparece tres veces en San Mateo: en Mt 17¹⁸ dos veces, y la más importante: “... *Y sobre esta roca edificaré mi Iglesia...*” (Mt. 16¹⁸).

Ninguno de los otros tres Evangelistas la mencionan.

Esto llevó a que algunos rechazaran la autenticidad del nombre, y afirmaran que la idea de Iglesia como comunidad organizada estuvo ausente del pensamiento de Jesús. Dijo Alfredo Loisy, el iniciador del Modernismo bíblico, principios del siglo XX, una frase, después repetida: “Jesús predicó el Reino de Dios, y fue la Iglesia la que vino”. No nos detendremos en refutar estas posturas; digamos solamente que se basan, no en razones exegéticas, sino en actitudes apriorísticas denegación de la Iglesia.

En el Nuevo Testamento aparece esta palabra 114 veces: 3 en San Mateo, 23 en los Hechos, 63 en San Pablo, 20 en el Apocalipsis, y 5 en las otras cartas apostólicas.

“Ecclesia” (latín) viene del griego “Ekklesía” que corresponde al hebreo “Kahal”. En el Antiguo Testamento aparece este término 132 veces, y siempre se refiere a reunión del pueblo elegido con fines religiosos, convocados por Dios. Era, por tanto palabra apta para designar la nueva familia de salvados en Cristo.

En cualquier caso, no es cuestión de vocabulario, sino de realidades.

Y la realidad es que todo el Evangelio está lleno de la Iglesia a partir de la predicación del Reino de Dios. También la primera carta de San Pedro está toda ella sobre la Iglesia, y no parece este nombre ni una vez.

La palabra griega “Ekklesia” proviene del verbo “ekkalein” que significa “llamar” o “convocar”. Importa tener este dato filológico en cuenta como punto de partida para el apartado siguiente.

5. LA INICIATIVA DE DIOS

“*Toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces...*” (Sant. 1¹⁷). Tenemos que repetirlo. El cristianismo es religión “de descenso”. No es el hombre el que “se encarama” para llegar a Dios, es Dios quien “se abaja” hasta el hombre. Por eso la Iglesia no es iniciativa humana, es convocatoria del Padre en Cristo Jesús. Esto la diferencia radicalmente de las demás sociedades.

La Iglesia tiene una larga preparación de siglos durante toda la historia de la Salvación; arranca del misterio salvífico de Dios, operante en la historia; se esboza en el pueblo de Israel, y se realiza “en la plenitud de los tiempos” con la presencia y acción del Verbo eterno del Padre hecho Hombre.

Así nos lo enseña el Concilio Vaticano II que inicia la Constitución *Lumen Gentium* con el capítulo titulado “Del misterio de la Iglesia”. Expresa de este modo que la raíz más íntima del origen de la Iglesia es la trascendencia, es decir, el misterio de Dios que busca al hombre para hacerlo hijo suyo, conformándolo con la imagen de su Hijo eterno, nuestro “Jesús”, que significa “Salvación de Yahveh”.

En tiempos de renovación eclesiales es imprescindible la clara conciencia del origen divino de la Iglesia; porque, así considerada, entendemos que la familia que Cristo fundó no fue una mera respuesta a una concreta situación histórica, que tendría después, en el devenir de la humanidad, un desarrollo imprevisible, y menos aún, arbitrario; sino una evolución perfectamente conocida, prevista y guiada por Dios en el Espíritu Santo, y con un principio y finalidad establecido por el mismo Cristo con su autoridad suprema.

Y este principio y finalidad debe mantenerse íntegro y fiel a sí mismo a través de todas las formas que la realidad eclesial adquirirá en su peregrinación a lo largo de los tiempos y circunstancias. Sólo desde esta visión, con absoluta fidelidad al Evangelio y a su lectura en cada momento histórico, se podrá realizar la verdadera renovación de la Iglesia, que no es ni vuelta al estado primitivo ni fácil adaptación al momento presente, sin búsqueda sincera de la voluntad de Dios por la luz del Espíritu Santo.

6. ALGUNOS BIENES DE QUE LA SALVACIÓN SEA ECLESIAL

a). Dios salva al hombre íntegramente en su ser total. Es esencial a nuestra condición el ser sociables y el interrelacionarnos, hasta el punto de que quien careciera de relaciones humanas, no llegaría a ser plenamente hombre. Dios acoge y potencia esa relacionalidad en la familia de la Iglesia.

b). El mensaje fundamental de salvaciones el amor; el amor que dimana de Dios y se proyecta en los hermanos para fundirnos en unión íntima. Amor exige entrega, colaboración y servicio mutuo. La Iglesia, Cuerpo místico, conlleva y realiza la colaboración de todos los miembros en el fin común. Esta idea es clave en San Pablo. Los textos se multiplicarían. Uno sólo como ejemplo:

“Así como nuestro cuerpo en su unidad posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros,; pero teniendo dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada...”

c). Por la Iglesia se expresa intuitiva y pedagógicamente la total Paternidad de Dios en la gran Familia en que todos somos su hijos, y por tanto, real y verdaderamente hermanos en un solo “Padre nuestro”.

d). Consecuentemente se patentiza la Primogenitura de Cristo, *“para que sea Él el primogénito entre muchos hermanos....”* (Rom. 8²⁹) y *“La Plenitud del que lo llena todo en todo.”* (Efes. 1²³).

e). En la Iglesia se continúa y prolonga el triunfo de Cristo, clavado en la historia de la humanidad como el testimonio definitivo del empeño salvador de Dios. Misión de la Iglesia es conservar vivir y proclamar esta victoria de Cristo, y realizarla en su propia carne por sus sufrimientos y sus alegrías en unión con su Señor.

f). En la Iglesia y desde ella, Jesucristo proyecta su presencia en el mundo y su acción, visible, pero real totalmente, que nos impele al crecimiento como cuerpo que se desarrolla *“para edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado del hombre perfecto, al a madurez de la plenitud de Cristo”* (Efes. 4¹²⁻¹³).

g). El amor es principio de cohesión; su primera consecuencia, por tanto, es la unidad. La Iglesia lo manifiesta al aparecer como sociedad con comunión de fines, creencias, medios de santificación, liturgia...

Así intenta aparecer sensiblemente ante el mundo como respuesta a la petición de Jesús al Padre: *“que todos sean uno. Como Tú, padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros porque que el mundo crea que ‘tú me has enviado”* (Jn. 17²¹).

h). Se desprende de este texto que, según el plan de Dios, la Iglesia debe ser imagen sensible de la unión perfecta y absoluta en el Amor y en la Naturaleza de las tres divinas Personas. Por lo tanto, la referencia más clara e intuitiva del misterio trinitario que Dios ofrece a los hombres es la Iglesia.

El que los cristianos no seamos pleno testimonio de este afán de Cristo y de los designios divinos sobre la Familia que Él fundó, no significa que ésta no tenga

como su misión y dinámica fundamental, según el plan de Cristo, el manifestarse como signo de unidad y del misterio trinitario.

Admiremos los proyectos de Dios, y arrepintámonos radicalmente de perturbarlos por nuestro pecado.

i). La Revelación divina exige la existencia de la Iglesia. Dios, en su infinita bondad nos ha comunicado su Mensaje de Salvación e palabras humanas a través de los Profetas, y *“en la plenitud de los tiempos” “nos ha hablado en su Hijo”* (Hebr. 1²). Era del todo necesario constituir una Sociedad que conservara con todo esmero el “Depósito de la fe”, lo interpretara, y profundizara en su contenido con la garantía de no alterarlo ni desfigurarlo. Si se dejara a la interpretación individual (“libre examen”) la Revelación, el tesoro más grande de la humanidad, acabaría por destruirse. La experiencia de quienes aceptaron la interpretación individual de la revelación, es argumento definitivo de la necesidad de la Iglesia.

j). La misma reflexión es plenamente aplicable a los Sacramentos. Siete fuentes de gracia divina que tienen que ser conservadas, reguladas y administradas con todo esmero, porque el mantenerlas intactas afecta a su eficacia. Sin una sociedad depositaria que los conserve, con poder para establecer y consagrar los ministros idóneos, acabarían por perderse.

k). El hombre no “se salva”, “es salvado” por Dios en Cristo Jesús con la acción del Espíritu Santo. Sin la Iglesia caeríamos en la tentación de pensar que nos salvamos por nuestra iniciativa, y que “arreglamos nuestros asuntos a nuestro gusto con Dios”. A tener que acudir a la Iglesia, experimentamos nuestra impotencia, practicamos la humildad de tener que someternos a otros hombres, tal vez más imperfectos que nosotros, obedecemos a los procedimientos de Dios; y sobre todo, nos hacemos conscientes de que no nos salvamos independiente, sino “en racimo” por estar fusionados en el amor, no sólo con Dios, sino también con los hombres, ya que es imposible amar a Dios sin amar a los hermanos.

l). La Iglesia, en el plan divino, es el foco operante de salvación en el mundo, es el fermento y levadura de santidad, el enclave de Dios, y la cabeza de puente por la que actúa el Espíritu Santo de mil maneras maravillosas, aunque de modo invisible.

m). No es el momento de hablar de los defectos y virtudes de quienes constituimos la Iglesia. Pero, sin intentar desarrollarlo ahora, digamos que el que en la Iglesia haya defectos y pecados no es de extrañar, ya que está establecida por hombres imperfectos y limitados, como se vio en los Apóstoles, que fueron su fundamento. Lo inexplicable es los frutos excepcionales que ha producido de amor entrega, abnegación, heroísmo, olvido de sí para inmolarse por los demás.... Las obras de todo género en favor de los necesitados, etc. Los defectos son consecuencias de la debilidad humana, los frutos, para quien lo quiera ver objetivamente, son argumento de la obra de Dios y de la acción del Espíritu. Así la Iglesia se hace testimonio del Poder y Misericordia de Dios ante los hombres.

COLOQUIO

A. Expón lo que consideres más importante del plan salvador de Dios, realizado por Jesús “desde dentro” (1 y 2).

B. ¿Qué resaltas del cómo y el porqué de la continuidad salvadora de Cristo en la Iglesia” (3)

C. ¿Quieres hacer algún comentario al aspecto filológico y teológico del nombre de “Iglesia”? (4)

D. ¿Por qué es fundamental constar que la Iglesia es iniciativa de Dios? ¿Qué consecuencias se derivan de aquí? (5).

E. La parte esencial del presente tema es considerar algunos de los bienes de que Dios haya establecido la Salvación en y por la Iglesia. Merece la pena detenernos aquí para recorrer varios de ellos y añadir otros que puedan descubrirse como importantes. (6).

F. Aplicaciones prácticas a nuestra vida.